

HOMILÍA MISA DE JUEVES SANTO
POR ROBERTO OCTAVIO GONZÁLEZ NIEVES, OFM
ARZOBISPO METROPOLITANO DE SAN JUAN DE PUERTO RICO
CATEDRAL DE SAN JUAN
JUEVES 20 DE MARZO DE 2008

En la última noche de vida mortal, el Señor Jesús celebró la cena Pascual con los que había escogido para que estuvieran a su lado durante su misión en este mundo. Y ahora, en un ambiente dramático de intimidad, amor, dolor, les encarga que después de su muerte celebren ellos una cena pascual en su memoria. “Hagan esto en memoria mía.” Los apóstoles sabían muy bien lo que es celebrar la cena Pascual. ¿Pero que quería decir celebrarla en memoria de Jesús? La cena Pascual no se celebraba en memoria de ninguna persona. Se celebraba en memoria de un acontecimiento, de un momento histórico en la vida del pueblo creado por Dios para ser el pueblo por el cual Él llevaría a cabo la salvación de la humanidad entera. La cena pascual celebraba la liberación de la esclavitud de este pueblo al poder de Egipto y el milagroso principio de su viaje hacia la tierra prometida. Los judíos no solamente recordaban este acontecimiento, sino que por medio de la cena pascual participaban de sus frutos. Por medio de esta celebración, el acontecimiento pasado se haría presente al pueblo de generación en generación. Todo esto lo comprendían bien los apóstoles de Jesús.

¿Pero cómo entender una cena pascual en memoria, no de este acontecimiento, sino de Jesús mismo: “Hagan esto en memoria mía?”

No sería hasta la venida del Espíritu Santo que los apóstoles comprenderían bien lo que estaba pasando. En su libro sobre Jesús de Nazaret, el Papa Benedicto XVI habla de un judío rabino en Nueva York que escribió un libro en el cual él se abre totalmente a las enseñanzas de Jesús para ver si el lo hubiera seguido si lo hubiera conocido en aquel tiempo. En su libro, el rabino, con mucho respeto y simpatía, llega a la conclusión que el no podría haber seguido a Jesús porque no cabe duda que Él se proclamó a sí mismo por la Torah o Ley que crea y sostiene la existencia del Pueblo de Dios, y esto, para un judío, es intolerable, pues equivale a Jesús declararse Dios el mismo. Es con esta autoridad, con este poder misterioso, que en la noche antes de morir, en la celebración del acontecimiento al centro de la historia del pueblo, Jesús se proclama ser el centro de la historia de un nuevo pueblo de Dios gobernado por los doce apóstoles en lugar de las doce tribus de Israel.

La institución de la pascua cristiana, lo que celebramos esta tarde, y su celebración día tras día por la Iglesia como el nuevo pueblo de Dios gobernado por los sucesores de los doce apóstoles y que llamamos la “Eucaristía” o “acción de gracias” – es una proclamación de la identidad de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Pero como lo era la Cena pascual de Israel, la cena pascual cristiana no es una proclamación que nos recuerda quien era Jesucristo y el propósito de su misión, sino que su proclamación a través de esta cena pascual cristiana, lo hace realmente presente entre nosotros como fuente de la salvación que nos hace miembros del nuevo pueblo de Dios. La celebración de la cena pascual cristiana, la eucaristía, nos une de tal forma a Jesucristo, que el nuevo pueblo de Dios se convierte en “Cuerpo de Cristo.” Esto nos capacita a ofrecernos con el Señor sangrante crucificado como un don total de amor al Dios que es Amor infinito. Por eso, Jesús anuncia que esta cena, esta Eucaristía, sería un “memorial,” una participación en su pasión y muerte bajo el simbolismo del pan y vino transformados en su cuerpo y sangre.

¡Que tremenda maravilla es la Eucaristía! Por eso tantos santos han dicho que los ángeles y los arcángeles se asombran y alaban a Dios ante un milagro tan grande como el de la Encarnación.

Pero nosotros, ¿comprendemos bien esto? ¿Nos asombramos de las riquezas de la Eucaristía? ¿Reconocemos que no puede imaginarse ningún milagro mas grande que este que ocurre día tras día para nuestra salvación (es decir, para poder vivir la vida con esperanza, alegría, paz, y amor)? ¿Nos damos cuenta que la Eucaristía es el mas grande tesoro en nuestra vida?

Hermanos y hermanas: este es el método escogido por Dios para salvar al mundo, para que la vida triunfe sobre la muerte. No hay otro método. No existe otro.

La Eucaristía es un don total del Amor divino. Si nos damos cuenta de esta realidad, si celebramos la Eucaristía como nuestra entrega a este amor, cambiarán nuestras vidas y comenzaremos a amar a los demás con el mismo Amor con que Dios nos ha amado. Este es el significado del gesto inaudito de Jesús la misma noche en que instituyó la Eucaristía y que también nosotros recordaremos esta tarde. Como acabamos de oír en el evangelio, Jesús lavó los pies de los apóstoles – algo que solo hacían los esclavos – para presentarse como el esclavo de amor que ofrecía su vida por todos. Esta disposición interior del corazón de Jesús, esta experiencia suya de un amor sin límites ni condiciones que lo lleva a este gesto – esto es lo que la celebración de la Eucaristía infunde en nosotros si sabemos lo que hacemos y participamos con nuestros corazones en la celebración eucarística. Por esto también fue en esta ocasión que según Juan Evangelista el Señor dio a sus discípulos el “nuevo mandamiento” de amor. Finalmente, esta fue también cuando el Señor instituyó el sacramento del Orden para que los apóstoles estuvieran presentes en todas las celebraciones de la nueva cena pascual a través de los siglos, preservando así la integridad de la celebración y la pertenencia de los participantes al nuevo pueblo de Dios.

Hermanos, ante la grandeza del Amor que ha hecho posible todo esto, ¡que pobre es nuestra respuesta, que débil es nuestra atención a lo que Dios en Cristo realiza continuamente entre nosotros! ¡Cuántas otras cosas son las que nos llama la atención y nos lleva a rechazar la oportunidad de participar en la celebración de la Eucaristía!

¡Necesitamos el Espíritu Santo, hermanas y hermanos! Pidamos al Espíritu Santo que invada nuestros corazones y nuestras mentes para poder reconocer y apreciar el tesoro que se nos ha dado.

“Concédenos, Dios todopoderoso, participar dignamente en estos santos misterios, pues cada vez que celebramos este memorial de la muerte de tu Hijo, se realiza la obra de nuestra redención.”

Que así sea.